

• MOISÉS PEÑA BALLESTEROS

Carta a Clementina

ESTABA SENTADO en el borde de la cama, de frente al cielo que se colaba por los cristales de la ventana. Miraba el viento como a un gas turbio y saturado de aromas y presencia de ciudad: ruido de camiones y de llantas, y pavimento caliente. Sentí en mi entorno el cambio sustancial de tu mirada sobre mí. Tus manos ya no me tomaron por el costado del brazo, ni tus pupilas se fijaron en las mías con la dulce dedicación que tenían siempre para mí. Te vi con la luz del sol. En la penumbra de tu rostro y a pesar de la luminosidad no pude adivinar la expresión de toda tu cara, pero vi por primera vez ese tono azul de tu piel y la expresión que quedó plasmada para siempre sobre ti. Aquel momento quedó inmerso en los rincones de mis días infantiles, con mis luces de mañanas nubladas y de noches sin sueño.

Te adiviné bajo la vigilancia del espejo, seguí el fondo de tus cabellos laminados cubiertos del verdor que los años dejaron sobre ellos. Te hice para mí, con todos los momentos de desgracia que compartimos y las horas de miseria que nos dejaron juntos en el vacío infinito de la pobreza. Siempre tú, siempre mi madre, que con tus largos brazos blancos me diste un espacio en tu ser de mujer, que duplicaste tu tiempo para duplicar la presencia de mi padre, al que nunca mencionaste y dejaste en la tumba de San Ángel con sus montones de tierra encima: te diste la vuelta, y nunca volviste, y nunca volví yo.



Qué pude entender del mundo que no me enseñaras tú en tus tardes de madre. Me defendiste en los días infelices de llanto y cólera que ni recordar puedo. Cuántas horas me diste en tu regazo y ahora te necesito tanto.

Abrigado en los pliegues de tu piel quedó, intacto, tu rencor al olvido. Yo lo supe encontrar, y en mi pecho hirsuto pude conservarlo como un montón de mugre, sangre, piedras y sudor. Lo llevé en las entrañas, lo maduré y me lo comí poco a poco, con el lodo putrefacto impregnado en los costados de mi garganta, en los confines de mi figura y hasta en la sangre que recorre mis venas. Me hice tan parecido a ti, con tus locas virtudes y tus desenfundados defectos, con tus bellos desplantes y tus despreciables respuestas. Me reí de la vida y del destino igual que lo hiciste tú. Rehuí a la derrota tanto como tú. Aprendí a manejarme y a vivir entre los demás igual que tú.

Pero ahora sé que algo me faltó: el fondo licuado de tus nobles sentimientos, porque no soy capaz de amar como amaste tú. No sé devorar con la mirada, como lo haces tú. No sé volar por el universo de locura y felicidad, arrancado a jirones de la realidad, aislándome por entero de la ciudad que nos ata a todos a esta maldita vorágine que nos recorta y nos limita, y aunque nos da la mano, nos rasguña mientras sujeta nuestro rostro por las mejillas de color ocre. LC